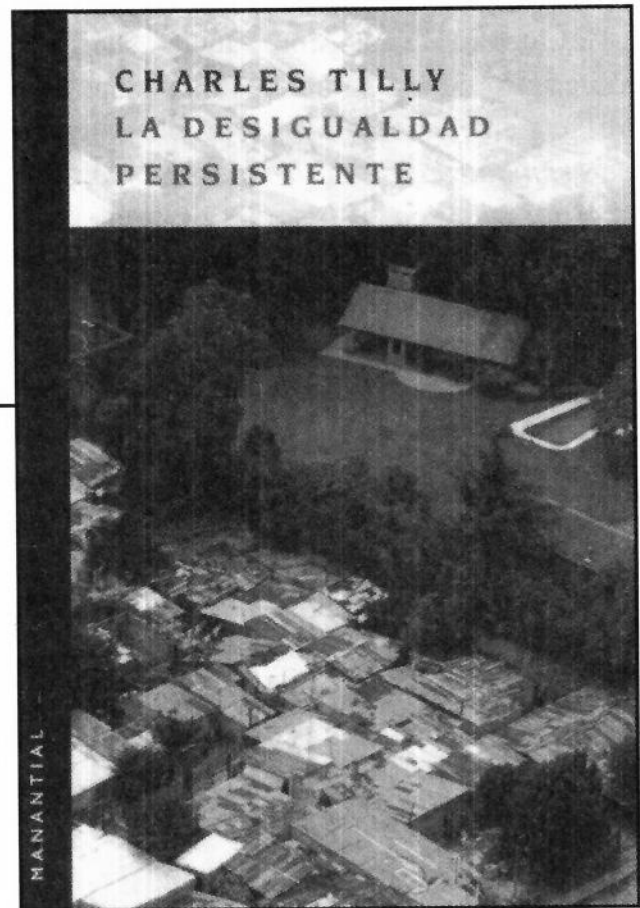


La desigualdad persistente

Charles Tilly

Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2000

por Marcelo Silvio Barrera



Objeto declarado de este libro es el análisis de la desigualdad, pero no de cualquiera de ellas, sino de aquélla que el autor denomina “persistente”. Como primer paso para lograr la construcción de un aparato crítico-conceptual que permita echar luz sobre *las [desigualdades] que perduran de una interacción social a la siguiente, con especial atención a las que persisten a lo largo de toda una carrera, una vida y una historia organizacional* (pág. 20), el sociólogo estadounidense hecha mano a un “recurso durkhemiano”: la crítica y el consiguiente distanciamiento de posturas teóricas con las que no concuerda. Así, primero se aparta de las explicaciones genetistas o frenológicas –en boga en los Estados Unidos–, las cuales logra desestimar fundadamente al demostrar que incluso las desigualdades de orden fisiológico (como por ejemplo la estatura) tienen un origen social y no biológico. Luego dirige su lupa al enfoque individualista –tan-

to al individualismo metodológico como al individualismo fenomenológico– y a las teorías de los sistemas, ambos criticados ya que suponen esencias autónomas allí donde para Tilly hay vínculos o, como él los denomina, *modelos relacionales*. Esta última postura teórico-metodológica le permite afirmar que *las grandes y significativas desigualdades en las ventajas que gozan los seres humanos corresponden principalmente a diferencias categoriales como negro/blanco, varón/mujer, ciudadano/extranjero o musulmán/judío más que a diferencias individuales en atributos inclinaciones o desempeños* (pág. 21). Ahí se encuentra el aporte nodal de este libro. Es en la creación y luego en el uso frecuente de estos pares categoriales el punto donde debe buscarse la filigrana que posibilita la producción y el sostén de las desigualdades persistentes. Tilly nos dice que las categorías no hacen más que escindir, separar, establecer límites

que permiten distinguir al menos dos grupos de actores, los unos incluidos, los otros excluidos y por lo tanto desfavorecidos.

¿Cómo surgen estas desigualdades persistentes y cómo llegan a distinguir a miembros de diversas categorías socialmente definidas?, ¿de qué modo se realiza el proceso en que se forman, cambian y desaparecen las desigualdades categoriales? Éstas son las preguntas que lo interpelan y a las cuales pretende —y logra— dar alcance. Lejos de una mirada simplificadora, su respuesta es la construcción de un complejo andamiaje teórico sostenido fundamentalmente en cuatro mecanismos centrales: la explotación, el acaparamiento de oportunidades, la emulación y la adaptación. Mientras los dos primeros son considerados como una suerte de “productores de categorías de pares desiguales”, a los otros les cabe el rol de comportarse como “mecanismos de reproducción o perpetuación de las desigualdades ya existentes”.

Las desigualdades logran perpetuarse porque, si bien la fabricación de categorías es gestada de un modo cuasi-monopólico desde las elites más privilegiadas de las diversas organizaciones —elites que gozan de un sitio en el ordenamiento social que les permite incluso etiquetar de un modo negativo a otras fracciones sociales, por ejemplo, los grupos de poder económico-político sudafricanos en épocas del *apartheid*—, son los grupos subalternos perjudicados los que en el acto de adaptarse exitosamente a un modelo organizacional que les es impuesto, no hacen más que reforzar las relaciones de asimetría y desigualdad en que se encuentran. Aquí se ve ilustrado el carácter relacional del análisis de nuestro autor: la interacción de ambos lados de la división categorial junto con “el peso” de procesos macrosociales son los constitutivos de esa desigualdad (lo cual le permite escapar a los

reduccionismos tanto interaccionistas como estructuralistas). Aun sin olvidar el papel de importancia que ocupa la resistencia de los sectores subordinados en todo proceso de dominación, Tilly concluye en su análisis acerca del *apartheid* sudafricano que *por renuentemente que lo hicieran, todas las partes se adaptaron también al sistema en evolución, y construyeron rutinas y relaciones sociales que suponían su existencia, con lo que hasta cierto punto lo reforzaron* (pág. 139).

Merito del texto en cuestión es el hecho no sólo de forjar una teoría, sino de lograr ejemplificar su enfoque con el análisis de desigualdades persistentes materiales y, por tanto, concretas que se expresan en diversas latitudes y organizaciones sociales. Así su análisis columpia de un modo ágil desde las diferencias nutricionales británicas hasta el proceso de constitución y realización del *apartheid* en Sudáfrica, e incluso la genealogía de las luchas que construyeron la historia de la profesionalización médica en los Estados Unidos, sin mencionar muchos otros marcos organizacionales que son objeto de análisis que pueblan este volumen. Pese a su diversidad, estos esquemas organizativos comparten patrones similares de gestación y autorreproducción de las desigualdades categoriales que los sustentan.

Tilly logra construir un sólido modelo teórico que, aunque no deberíamos utilizarlo sin una mirada crítica que evite la mera copia de la última novedad norteamericana o europea, no por ello debemos dejar de tenerlo como una referencia lúcida más que válida. Por último, afirmar que compartimos su deseo de que en este mundo y *en medio de la abundancia del siglo XXI, no deberíamos dejar lugar a amargas confrontaciones entre el alto y el bajo, el gordo y el flaco, el sobrealimentado y el hambriento* (pág. 256).